

Flash



Secuestro express: el ruedo de la narrativa urbana

LuisCarlos Díaz V.*

Es de noche en el cine del CC Tolón y hay cola para ver Secuestro Express. Son las 4 de la tarde en el cine de la avenida Baralt y la gente no para de entrar y salir de la sesión continua de Secuestro Express. Al parecer, hablamos de audiencias secuestradas -o seducidas- por una obra que ellas mismas protagonizan: la Caracas en ebullición.

De uno u otro lado de la ciudad hay taquilla para esta nueva producción venezolana. De esto se han encargado los comentarios de calle, el centimetrage en prensa y hasta un berenjenal político. No se podía esperar menos de una película que, en medio de la polarización, se dedique

a narrar y denunciar sin distinguir tintes políticos la violencia urbana que nos circunda. Era de esperarse que, como a todo, se le exigiera posicionamiento o justificación. Y Secuestro Express, Jonathan Jakubowicz y su equipo, van más allá de todo eso.

La paranoia y la legitimación de la violencia en la ciudad ya fue denunciada por Desorden Público hace más de una década: *“Cada quien cuenta su cuento de atropello, cada cual saca a pasear su propio miedo. Allá afuera los revólveres no respetan, plomo revienta y nadie se alarma más de la cuenta”*. Una vigencia lamentable nos hace reencontrarnos una y otra vez con las contradicciones, diferencias acentuadas y la locura propia de “la capital del infierno”, la mal querida Caracas.

La obra de Jakubowicz, grabada en formato digital, presenta unas actuaciones bien ajustadas al planteamiento narrativo de la obra. La pandilla de malandros busca dinero fácil y rápido a través del secuestro. Para ello actuó el grupo de cantantes de hip-hop Vagos y Maleantes, acompañados de Dj13, productor y hombre del medio artístico. Luego, dos jóvenes clase alta cruzan su camino con el hampa tras una noche de fiesta y allí empieza su propio infierno.

La velocidad con la que se cuenta la historia juega con algunos cambios de tiempo desde la primera escena, así atrapa a la audiencia con una “ruleta rusa venezolana”, para recordarle que la verdadera ruleta está allá afuera. Uno de los efectos de mayor realismo es poder ver en la gran pantalla los mismos escenarios de nuestro cotidiano: por aquí el edificio La Previsora, allá la avenida Libertador, nuestro congestionado centro histórico-buhoneril y permanente el Ávila, testigo eterno de esta historia. Todo creíble dentro del marco del *Realismo Trágico*. Que lo diga Richard Boulton, que asistió al estreno de la obra, o algunos secuestrados del equipo de producción de la película.

No sólo el público caraqueño se ve a sí mismo en la pantalla, también se escucha. El acento caraqueño de los distintos estratos retumba en sonido cuadrifónico de aquí a los cines de Los Ángeles, donde ha llegado la imagen de la Caracas oscura y peligrosa.

Dentro de la trama se dan interesantes momentos de diálogo de clases. Los argumentos se sostienen más



allá del arma que apunta el rostro de la protagonista. El crimen tiene sus razones, siempre las tiene. Una parte de la ciudad se hace de ranchos sin frisar: se mira, pero no se toca. La otra se encierra entre rejas y muros: si la tocas te electrocutas. Ninguna de las dos se comprende. Ambas justifican sus prejuicios.

La obra es una constante subversión de los patrones tradicionales del cine de acción, esto le da mayor imprevisión a la trama y a su vez le hace ganar en credibilidad. Es decir:

- La niña bien, la argentina Mía Maestro, *se mete* sus pases de cocaína,
- El paviperro galán, Jean Paul Leroux, sodomiza con todo gusto a un narco-gay,
- El malandro clase media, Dj Trece, toma nuesta y coquetea con ser el antihéroe,
- Los malandros más temibles de la ciudad, Pedro Pérez (Budu) y Carlos Madera (El Nigga), tienen a sus hijitos en casa esperándolos.
- Los policías son unos corruptos del cotidiano (una subversión que ya los venezolanos tenemos legitimada).

Con este marco es sencillo comprender cómo la bella pareja termina midiendo su fidelidad, cómo los malandros cumplen su palabra de honra y condena, y cómo en medio de una situación a todas luces monstruosa, el humor no queda de lado. Las líneas del Budú y El Nigga logran robarse la risa del público del Tolón o la Baralt. La filosofía del desastre es que el humor nos salva de la tristeza. “Échale mantequilla”, “Victoria Secreta” o “que el perro no se tome mi nuesta” pueden quedar grabadas con una sonrisa tras el secuestro de una hora y media de vernos contados en una pantalla, en una de mil historias. Tras eso, el miedo sigue allá afuera, y tal vez a él también haya que invitarlo a almorzar.

*Crítico de cine.